

El gran teatro del mundo

por Nicolás Lynch*

¿Quién está en el banquillo de los acusados?

Así como la década en que ejercieron el poder, de modo omnimodo, Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos ha tenido y seguirá teniendo un tremendo y, básicamente, nocivo impacto en el Perú de nuestro tiempo, con graves secuelas sociológicas y culturales que todavía es difícil comprender a cabalidad, la extradición de Fujimori, además de honrar al Poder Judicial chileno, está llamada a repercutir hondamente en la producción del Derecho en América Latina y el mundo. Con la misma fuerza, el efecto demostración de lo ocurrido en el Perú puede afectar -para bien- la forma de hacer política en nuestra región. Ese puede ser el mensaje ético de la tragedia que nos tocó vivir.

A estas alturas, con Fujimori preso en Lima, es indudable que los cálculos políticos del ex dictador fallaron en toda la línea. Más allá de lo que diga, jamás estuvo entre sus previsiones que se iba a pasar dos años de arresto domiciliario y que al final el Poder Judicial de Chile lo iba a mandar de regreso al Perú. La audacia de la jugada fue superada por su torpeza. Definitivamente, no es el estratagemas que pintan sus partidarios ni menos el samurai de la publicidad. Como repetía Alberto Andrade en los primeros años de la transición, Fujimori no es nadie sin su siamés Vladimiro Montesinos, que se revela, luego de este fracaso, como el cerebro de la regresión autoritaria y criminal de los noventa. Por supuesto, la torpeza no lo exime de sus culpas, pero sí lo coloca en su verdadera dimensión de político mediocre cuyas ambiciones están largamente más allá de sus habilidades.

La primera equivocación fue el viaje a Chile. Basado en las buenas relaciones que había establecido con el país de sur durante su gobierno y en los antecedentes de sus amigos Borobbio y Calmell del Solar, cuyas solicitudes de extradición fueron denegadas por el Poder Judicial chileno, Fujimori creyó que encontraría un ambiente propicio en ese país. Este ambiente incluía, en un primer momento, hasta la posibilidad de ser dejado en libertad para usar Chile como una plataforma para su acción política en el Perú. Se equivocó también con la clase política de ese país que prefirió no usarlo como moneda de cambio en sus tratos con el Perú y salir

lo mejor parados posibles frente a la comunidad internacional en la defensa de los derechos humanos. Se equivocó, luego, en el propio proceso de extradición, donde confió más en los antecedentes pinochetistas de algunos jueces que en el análisis de la situación de ese Poder Judicial, que vive una etapa post Pinochet, en la que le es muy importante mostrarse severo en el tema de los derechos humanos.

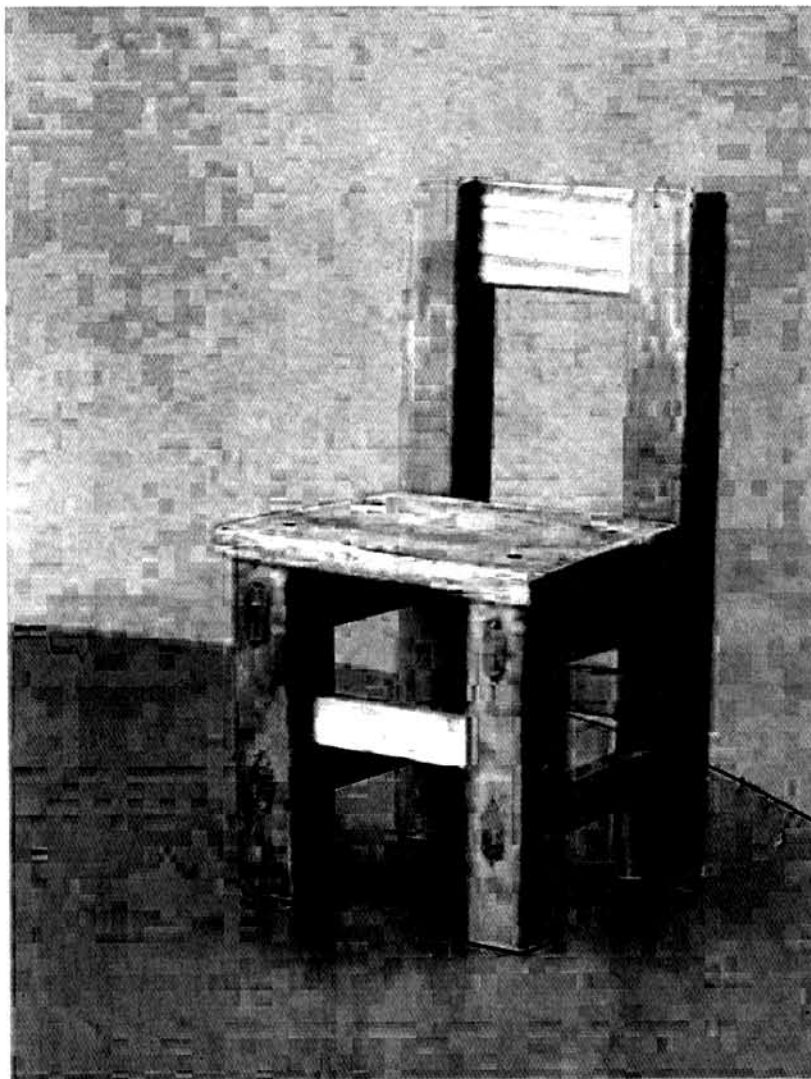
Se equivocó, también, en la actitud del Japón que no parece haber tomado un papel activo en tratar de liberarlo de la justicia chilena e impedir su extradición, tanto por su actitud durante el proceso, como por no haber usado el "caso Fujimori" en la negociación del TLC recientemente firmado con Chile. Se equivocó, también, en

su influencia política en el Japón, confundiendo la defensa que hace el Estado japonés de alguien que cuenta con la ciudadanía heredada por sangre, con la defensa política de un "nisei" que deja territorio japonés y está acusado de corrupción. Esta confusión se hizo patente cuando al tratar de encontrar una vía de escape en las postrimerías del proceso de extradición sólo encontró, luego de tocar las puertas de partidos grandes, el albergue de un pequeño partido ultraderechista que aceptó postularlo al Senado con resultados deplorables.

Se equivocó, también, sobre el Perú al que iba a llegar. Este no es el país de hace quince años ni nos encontramos tampoco en alguna guerra interna que nos tenga desesperados y a la búsqueda de un salvador.

El Perú vive una democracia precaria, en buena medida producto del fujimorismo, pero con reflejos suficientes para, por ahora al menos, no repetir la experiencia autoritaria de la década de 1990. Es difícil, entonces, que se produzca alguna gran movilización a través de la cual miles de partidarios intenten arrancarlo de la cárcel. Esta falta de masas que movilizar se expresa también en el divisionismo entre sus partidarios, agrupados en la media docena de siglas que Fujimori y Montesinos crearon en los noventa para los diferentes procesos electorales a los que se presentaron. Ante la falta de masas y la división interna a los fujimoristas, sólo les queda la bravata como forma de presión política que, junto con sus votos en el Congreso, son los salvavidas con los que cuentan para negociar, hasta donde puedan, las condiciones de enjuiciamiento de su líder.

Un aspecto poco tocado pero que podría tener influencia en la coyuntura son los actos de violencia, barbarie incluida, como el daño al monumento a las víctimas de la guerra interna, "El Ojo que llora", producido en días pasados. Un ingrediente



Es difícil, entonces, que se produzca alguna gran movilización a través de la cual miles de partidarios intenten arrancarlo de la cárcel.